

IMPORTANCIA DE LA ECLESIALIDAD

(Hay que **convivir**)

Adolfo Chércoles SJ
Córdoba, 15/11/2018

La unidad prevalece sobre el conflicto, el todo es superior a la parte ((EG 226-230. 234-237)

Una de las frases más repetidas en ambientes muy secularizados es: *“Yo creo en Jesús, pero no en la Iglesia”*. En realidad, es volver a la postura de Tomás: *“Si no veo en sus manos...”* Es convertirse en único referente y prescindir de la comunidad. El final, todos lo conocemos: *“Has creído porque has visto. Bienaventurados los que aun no viendo creen”* (Jn 20,24-29). Nuestra fe no es ‘comprobación’ individual, sino fiarse de los testigos. Es la única condición que Pedro pone a la hora de elegir al sustituto de Judas: *“Conviene, pues, que de entre los que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros... uno de ellos sea **testigo** con nosotros de su resurrección”* (Hech 1, 21-22). Por eso en el Credo decimos: *“Creo en la Iglesia católica...”* ¡Nuestra fe es revelada, no elaborada por el *homo religiosus*!

Y nada está idealizado en el **NT**. Jesús cuenta con nuestra fragilidad: *“¡Simón, Simón! Mira que satanás...; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos”* (Luc 22,31-32). La fe es un don, pero es en la Iglesia donde la vivimos y ella la llamada a ‘confirmárnosla’.

Y es que, en realidad, el ‘nosotros’ en la vida humana es irrenunciable. La dimensión social del ser humano es condición *‘sine qua non’*: nacemos en una familia, nos criamos en un pueblo, pertenecemos a una nación... Es otra de las sorpresas que me dio la **Mari**. Al yo explicarle qué era la Iglesia, qué significaba ‘comunidad’, me dice: *“Adolfo, pues aquí nos lo jugamos todo. Tú supón que yo arreglo mis ‘enganches’ -lo que san Ignacio llama ‘afectos desordenados-, pero no sé convivir en mi casa, en el trabajo..., los amargo y me amargo yo”*.

En efecto, la convivencia no es un dato más a tener en cuenta -todo lo importante que queramos-, sino la culminación de la persona. Constatamos la madurez de alguien, no precisamente en el ‘currículum’, sino en su capacidad de convivencia. Veamos, pues, cómo el papa **Francisco** enfoca nuestra vivencia de Iglesia.

Pero para que la convivencia sea culminación ha de ser de personas. Por eso san Ignacio plantea el problema del *‘sentido verdadero que en la Iglesia debemos tener’* al final del proceso de EE. Si uno no ha sacado a flote lo *‘propio suyo’* –su *‘mera libertad y querer’* (EE 32)- la comunidad puede convertirse en un refugio.

Hay algo que siempre agradezco en este papa: aborda los problemas desde el fondo; nunca pone ‘parches’. Para entender el verdadero alcance de la vivencia eclesial que él ofrece, se me ocurre sintetizarlo en tres epígrafes: denuncia de todo aislamiento, una Iglesia ‘abierta a la misión’ y descubrir la ‘mística de vivir juntos’.

Denuncia de todo aislamiento

Uno de los aciertos de la **Exhortación**, es su lenguaje. Los términos que usa no son precisamente ‘religiosos’ ni ‘eclesiásticos’, sino corrientes, inteligibles para el hombre secular, y los conecta con el mensaje cristiano enriqueciendo de este modo su irrenunciable dimensión encarnada. En efecto, es lo que ocurre con el concepto ‘aislamiento’, que intermitentemente va apareciendo en el documento en diversos contextos, denunciando algo incompatible con la fe cristiana, que hay que vivir con los demás. Veamos en qué contextos aparece el término:

- **EG 1:** Por lo pronto aparece en el planteamiento inicial: Jesús nos libra «*del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del **aislamiento***». Es decir, lo equipara al pecado.
- **EG 2:** «*El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia **aislada**...*», es decir, lo relaciona con el ‘individualismo’.
- **EG 8:** «*Sólo gracias a ese encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia **aislada** y de la autorreferencialidad...*»: es lo más opuesto a la **amistad**, concepto clave en este papa.
- **EG 10:** Citando el documento de **Aparecida**: «*La vida se acrecienta dándola y se debilita en el **aislamiento** y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás...*» Más adelante dirá que «*encerrarse en la comodidad... es un lento suicidio*» (EG 272). En mi infancia, llamar a uno ‘comodón’ era un insulto, ahora es casi una obligación, pero la comodidad aísla.
- **EG 26:** «*Pablo VI invitó a ampliar el llamado a la renovación, para expresar con fuerza que no se dirige sólo a los individuos **aislados**, sino a la Iglesia entera...*»
- **EG 64:** «*El proceso de secularización tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo **privado** y de lo **íntimo**. Además, al negar toda trascendencia, ha producido una creciente deformación ética, un debilitamiento del sentido del pecado personal y social y un progresivo aumento del relativismo, que ocasionan una desorientación generalizada, especialmente en la etapa de la adolescencia y la juventud, tan vulnerable a los cambios...*». Tanto lo ‘privado’ como lo ‘íntimo’, aíslan.
- **EG 75:** Más aún, aludiendo a las ‘*formas de corrupción y crimen*’ que surgen en nuestras ciudades, denuncia que «*las casas y los barrios se construyen más para **aislar** y proteger que para conectar e integrar...*». ¡Cuántos cartelitos de ‘privado’ encontramos en nuestras ciudades!
- **EG 89:** «*El **aislamiento**, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder*

adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios.» SÍNTESIS DE TODA SU APUESTA, ya citado en días anteriores.

- **EG 113:** *«Esta salvación, que realiza Dios y anuncia gozosamente la Iglesia, es para todos... Ha elegido convocarlos como pueblo y no como seres **aislados**. Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas...»,* y aquí contrapone el aislamiento a **pueblo**.
- **EG 173:** *«El auténtico acompañamiento espiritual siempre se inicia y se lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora... Esto se distingue claramente de todo tipo de acompañamiento intimista, de autorrealización **aislada**...». Por tanto hay «que iniciar... en este «arte del acompañamiento»...» (EG 169), advirtiendo que «el acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia que fomente este encierro de las personas en su inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre» (EG 170), pues tiene que apuntar a que «las personas sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables», para lo cual «es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia». (EG 171), porque «un buen acompañante no consiente los fatalismos o la pusilanimidad» (EG 172). Es decir, cualquier acompañamiento apunta a que madure el acompañado, y hemos dicho que la madurez se constata en la convivencia, lo más opuesto a aislarse.*
- **EG 235:** *«El todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas... No es ni la esfera global que anula ni la parcialidad **aislada** que esteriliza». La parcialidad es válida mientras no se aisle.*
- **EG 282:** *«... cuando un evangelizador sale de la oración, el corazón se le ha vuelto más generoso, se ha liberado de la conciencia **aislada** y está deseoso de hacer el bien y de compartir la vida con los demás.»*

No está mal tomar conciencia de las consecuencias de cualquier aislamiento: equiparado al 'pecado', la 'conciencia aislada' genera 'tristeza individualista' -¡tantas quejas de soledad!- e imposibilita la 'feliz amistad' con Dios. Y es que 'la vida... se debilita en el aislamiento y la comodidad', pues el creyente no es un 'individuo aislado' sino forma parte de la 'Iglesia entera'. Por eso denuncia que las ciudades 'se construyan más para aislar y proteger que para conectar e integrar'. En una palabra, el 'aislamiento' es 'inmanentismo', pues 'nadie se salva solo' como 'individuo aislado', por lo cual el 'acompañamiento' no debe ser 'intimista' que terminaría en 'autorrealización aislada'. Si la globalización 'anula', 'la parcialidad aislada... esteriliza'. Por eso, la oración cristiana no desemboca en una 'conciencia aislada' sino en 'hacer el bien y compartir la vida con los demás'.

Una Iglesia 'en salida': abierta a la misión

Los dos pilares de la Iglesia son 'comunión' y 'misión'. Creo que en esto todos estamos de acuerdo. El problema es que los desconectemos de tal forma que demos a entender que

la Iglesia consiste en que uno de los dos se lleve a cabo. Sin embargo, esto parece no ser posible.

En el evangelio de san Juan, Jesús lo subraya notablemente. En la oración de Jesús al Padre del capítulo 17 aparece bien claro que ambas dimensiones son inseparables: *“No ruego sólo por estos, sino también por aquellos, que por medio de su palabra, crearán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí”* (Jn 17, 20-23).

La gran sorpresa de la revelación cristiana es que Dios no es un ser solitario autosuficiente, sino que es pura relación de personas, pura comunión. Por eso, uno de los textos más tardíos de la revelación puede afirmar que *«Dios es amor»* (I Jn 4,8) y quienes profesan esa fe tienen que hacerlo en comunión con los demás si no quieren ser unos mentirosos (I Jn 4,20). Es decir, la gran misión de los que creemos en Jesús es anunciar que Dios es pura convivencia, de la que estamos llamados a participar. Por eso, para que *‘el mundo crea que tú me has enviado’* tenemos que ser *‘uno como nosotros somos uno’*, de lo contrario, esto no hay quien se lo crea.

Esto supuesto, el papa **Francisco** denuncia en el lúcido apartado de la **Evangelii gaudium** *“La mundanidad espiritual”*, lo siguiente: *“...En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. Así, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. En otros, la misma mundanidad espiritual se esconde detrás de una fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, o en una vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, o en un embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. También puede traducirse en diversas formas de mostrarse a sí mismo en una densa vida social llena de salidas, reuniones, cenas, recepciones. O bien se despliega en un funcionalismo empresarial, cargado de estadísticas, planificaciones y evaluaciones, donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la **Iglesia como organización...**”* (EG 95)

Las concreciones no pueden ser más expresivas: ni *liturgia*, ni la *doctrina* o *prestigio de la Iglesia*, ni las *conquistas sociales y políticas* o la *gestión de asuntos prácticos* concretados en una *densa vida social* tienen que ver con la Iglesia y, menos aún, *dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial*; y a continuación dice el por qué: *“En todos los casos, no lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado”* -que según san Ignacio había que verlo *‘ansí nuevamente encarnado’*, que *‘padece en el humanidad’*- y, por tanto, *“sin que tenga una real inserción en el Pueblo fiel y en las necesidades concretas de la historia”*, sino que *“se encierra en grupos elitistas, no sale realmente a buscar a los perdidos ni a las inmensas multitudes sedientas de Cristo. Ya no hay fervor evangélico, sino el disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica.”* (EG 95)

No he visto contraponer con más contundencia *Iglesia como organización* a **Pueblo de Dios**, principal beneficiario. Es el eje de la **Exhortación**: *“esta nueva «salida» misionera”* (EG

20), ha de concretarse en **“Primerear”** -adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos-, **“involucrarse”** -achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja»-, **“acompañar”** -sabe de esperas largas y de aguante apostólico-, **“fructificar”** -cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña... no tiene reacciones quejasas ni alarmistas- y **“festejar”** -celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización- (EG 24)

Es, pues, esta ‘salida misionera’ la que debe focalizar toda tarea eclesial: *“...La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad...”* (EG 27).

Esta apertura misionera tiene una prioridad: *“...Su alegría de comunicar a Jesucristo se expresa tanto en su preocupación por anunciarlo en otros lugares **más necesitados** como en una salida constante hacia **las periferias** de su propio territorio o hacia los **nuevos ámbitos** socioculturales...”* (EG 30), pero no ‘a lo loco’: *“La Iglesia «en salida» es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino...”* (EG 46)

Nada de ‘conquistas sociales’, ‘gestiones’ brillantes, ‘funcionalismos empresariales’, que miran a una ‘**Iglesia como organización**’, sino ‘escuchas’ atentas y ‘acompañamientos’ pacientes al ‘**Pueblo de Dios**’, ‘principal beneficiario’ (EG 95). Pero tampoco ‘**las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial**’ que repliegan el “corazón al horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses y, como consecuencia de esto, no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón. Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales!...” (97)

Es importante analizar las dos consecuencias concatenadas de encerrarse ‘en su **inmanencia**¹ y sus intereses’: **‘no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón’**:

¹ Puede ayudarnos recordar qué alcance da el papa en su **Exhortación** al concepto de ‘inmanencia’. En efecto, tanto los calificativos que usa para definirlo, los contextos en los que aparece y, sobre todo, qué generan, pueden darnos luz: *«...Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la **inmanencia**, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos».* (EG 87) *«El aislamiento, que es una traducción del **inmanentismo**, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo...»* (EG 89) En el número siguiente, contrapone la ‘**religiosidad popular**’ -con ‘carne’ y ‘rostros’- con el “**aprecio por diversas formas de «espiritualidad del bienestar» sin comunidad, por una «teología de la prosperidad» sin compromisos fraternos o por experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior **inmanentista**” (EG 90). Pero es que cuando denuncia la ‘**fascinación del gnosticismo**’ y el ‘**neopelagianismo**’**

- **no aprende de sus pecados:** porque no puede verlos, pues si los viese, el '*horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses*' los convertirían en amargura, en algo culpabilizador, nunca en punto de arranque, en el aprendizaje más válido -el que parte del error constatado-. Es lo que tantas veces repito: 'Si quitamos las negaciones de la vida de Pedro, nos quedamos sin Pedro';
- **ni está auténticamente abierto al perdón:** que es lo mismo que decir que no hay posibilidad de recuperación. Quien '*no aprende de sus pecados*', porque ni los ve ni está dispuesto a verlos pues destruiría lo que el papa llama su '*autorreferencialidad*' - la culpabilidad-, ni quiere ser perdonado -no lo necesita-, pero tampoco sabrá perdonar. Quien no asume su pecado, ni soporta el perdón ni puede perdonar de verdad.

En efecto, lo que él denomina '**inmanentismo antropocéntrico**' tiene consecuencias muy concretas. En la encíclica **Laudato si'**, después de exponer los retos que nos plantea el problema ecológico, con el realismo que caracteriza a este papa, plantea: "*La situación actual del mundo «provoca una sensación de inestabilidad e inseguridad que a su vez favorece formas de egoísmo colectivo». Cuando las personas se vuelven autorreferenciales y se aíslan en su propia conciencia, acrecientan su voracidad. Mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir. En este contexto, no parece posible que alguien acepte que la realidad le marque límites. Tampoco existe en ese horizonte un verdadero bien común. Si tal tipo de sujeto es el que tiende a predominar en una sociedad, las normas sólo serán respetadas en la medida en que no contradigan las propias necesidades. Por eso, no pensemos sólo en la posibilidad de terribles fenómenos climáticos o en grandes desastres naturales, sino también en catástrofes derivadas de crisis sociales, porque la obsesión por un estilo de vida consumista, sobre todo cuando sólo unos pocos puedan sostenerlo, sólo podrá provocar violencia y destrucción recíproca*" (LS 204).

No tiene sentido refugiarnos en principios teóricos, cuando la '*situación actual*' se impone, bloqueando cualquier planteamiento de '*un verdadero bien común*' que '*contradiga las propias necesidades*'. Esto añade a los '*desastres naturales*', '*catástrofes derivadas de*

prometeico', ambos los encierra en este diagnóstico: "*En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente. Son manifestaciones de un **inmanentismo antropocéntrico***" (EG 94). Vuelve a salir el término al tratar el '*arte del acompañamiento*', que debe '*llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad*', avisando que "*sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia que fomenta este encierro de las personas en su **inmanencia** y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre*" (EG 170). Más aún, "*los no cristianos... pueden ser cauces que el mismo Espíritu suscite para liberar a los no cristianos del **inmanentismo** ateo o de experiencias religiosas meramente individuales. El mismo Espíritu suscita en todas partes diversas formas de sabiduría práctica que ayudan a sobrellevar las penurias de la existencia y a vivir con más paz y armonía. Los cristianos también podemos aprovechar esa riqueza consolidada a lo largo de los siglos, que puede ayudarnos a vivir mejor nuestras propias convicciones*" (EG 254). **Calificativos:** '*amargo veneno*', '*aislamiento*', '*falsa autonomía que excluye a Dios*', '*ateo*', '*experiencias religiosas meramente individuales*'; **contextos:** '*individualismo enfermizo*', '*«espiritualidad del bienestar»*', '*«teología de la prosperidad»*'; **consecuencias:** '*opción egoísta*', '*sin compromisos fraternos*', '*experiencias subjetivas sin rostros*', '*ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente*'. **Resumiendo**, es la disyuntiva entre encerrarse en un '**inmanentismo antropocéntrico**' o abrirnos a un **Dios que nos espera en los hermanos**.

crisis sociales'. Las eufóricas proclamas de los 'valores democráticos' se olvidan de que *demo-cracia* está compuesta de dos palabras: 'pueblo' y 'poder'. Este último es imprescindible y está ahí pendiente -alguien tendrá que ejercerlo-; el problema es el 'pueblo' que decide quién asume dicho poder. La frase de que 'cada pueblo tiene el gobierno que se merece' es trágicamente verdadera. Y aquí aparece de nuevo la apuesta de este hombre realista pero profundamente creyente:

*"Sin embargo, **no todo está perdido**, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, también pueden sobreponerse, volver a optar por el bien y regenerarse, más allá de todos los condicionamientos mentales y sociales que les impongan. Son capaces de mirarse a sí mismos con honestidad, de sacar a la luz su propio hastío y de iniciar caminos nuevos hacia la verdadera libertad. No hay sistemas que anulen por completo la apertura al bien, a la verdad y a la belleza, ni la capacidad de reacción que Dios sigue alentando desde lo profundo de los corazones humanos. A cada persona de este mundo le pido que no olvide esa dignidad suya que nadie tiene derecho a quitarle"* (LS 205).

El texto me impresionó, porque no se queda en la 'denuncia' -normalmente descomprometida e irresponsable- sino que recuerda las capacidades recuperadoras que toda persona tiene en cuanto 'no programada', pero que ha de poner en juego para alcanzar la '*verdadera libertad*' y, como buen hijo de Ignacio de Loyola, no es otra cosa que la **Primera Semana** de los **Ejercicios espirituales**. Porque es la propia persona la que tiene que recuperarse -¡nadie recupera a nadie!- contando siempre con Dios. '*Cada persona*' ha de sacar a flote '*esa dignidad suya que nadie tiene derecho a quitarle*' -porque nos encontramos con ella: nadie nos la dio ni nos la puede quitar-, pero hay que tomar conciencia de ello, y poner manos a la obra.

Echar la culpa a la sociedad de algo que depende de tomar conciencia de la propia autonomía es triste. En efecto, el párrafo de la **LS** que hemos citado, no sólo alienta a que no olvidemos nuestra dignidad, sino describe el único proceso que puede conseguirlo. Es la alternativa permanente del ser humano planteada ya en el **Deuteronomio**: "*Mira, yo pongo hoy delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal. Si escuchas los mandamientos...*" (30,15-16). Pero el punto de arranque es "*mirarse a sí mismos con honestidad... sacar a la luz su propio hastío y de iniciar caminos nuevos hacia la verdadera libertad*". Pero ¿hay algo que puede impedir esta 'constatación'?

Quizá convenga recordar la dinámica que san Ignacio propone en la **1ª Semana**, de cara a esta recuperación personal. Esta dinámica la formula en las **peticiones** y los **coloquios**. Resaltamos la dimensión personal de ambas en la charla anterior. Ahora puede ayudarnos cómo describen el proceso recuperador que plantean.

Empieza por abrirnos a la realidad negativa -**pecado**- fuera de nosotros -una realidad que todos detectamos- y **pide**: '*vergüenza y confusión de mí mismo*' (EE 48) -implicación en dicha realidad negativa-, para en el 2º ejercicio enfrentarnos con la propia negatividad pidiendo: '*intenso dolor y lágrimas de mis pecados*' (EE 56) -constatar la propia fragilidad-, en el 3º y 4º, '*aborrecimiento*' no sólo de mis '*pecados*', sino del '*desorden*' que los provoca y de los valores que los cultiva -'*mundo*'- (EE 63) -sensibilización negativa: '*aborrecimiento*'- y, en el 5º '*temor de las penas*' (EE 65) -capacidad de tomar conciencia del riesgo de 'arruinar'

la propia vida-. Estas peticiones nos *'preparan y disponen'* para afrontar correctamente la negatividad sin sucumbir ante ella, negatividad que encierra en las imágenes de 'cárcel' y 'destierro' -composición de lugar de los cuatro primeros ejercicios (EE 47)- que si algo sugieren es aislamiento e incomunicación. Pero es en la composición de lugar del infierno donde culmina este aislamiento -del podíamos salir- y que enmarca en las cuatro dimensiones del espacio - **vacío**-. Mi 'ego' se ha aislado tanto que se ha quedado sin ningún referente (EE 65)-.

Pero son los **coloquios** los que garantizan que el proceso sea correcto y, lo más importante, que no convirtamos en elucubración lo que debe ser un encuentro recuperador con *'Cristo... puesto en cruz'* (EE 53), *'dando gracias a Dios nuestro Señor porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia'* (EE 61), tres coloquios *'a nuestra Señora..., al Hijo..., al Padre...'* para que cambien mi sensibilidad -triple *aborrecimiento*- (EE 63) y, por último, *'a Cristo nuestro Señor...'*, centro de la historia: *'Y con esto darle gracias... cómo hasta ahora ha tenido de mí tanta piedad y misericordia'* (EE 71). Sólo la relación personal profunda nos totaliza y recupera -¡nos salva!- abriéndonos al 'nosotros'.

Este es el alcance de la **1ª Semana**: llevar a cabo esa capacidad *"...de mirarse a sí mismos con honestidad, de sacar a la luz su propio hastío y de iniciar caminos nuevos hacia la verdadera libertad"*, *'caminos nuevos'* que sólo abre el encuentro personal con Cristo *'puesto en cruz'* y clave de la historia.

Una de las cosas más novedosas de este papa es su capacidad de aterrizar y dar nombre a problemas que nos encanta 'profundizar' -elucubrar sobre ellos-, pero que no nos atrevemos a constatar en la cotidianidad. El problema de quedar atrapados *'en su inmanencia y sus intereses'* (EG 97) con sus nefastas consecuencias, lo reducimos a una elucubración más, si no lo aterrizamos en el día a día. Habría que decir que este papa lo 'cotidianiza' todo. ¿Qué puede impedir ser *'honestos'* y *'sacar a luz el propio hastío'*? Se me ocurren dos concreciones molestas, pero cotidianas y que nos afectan: la **vanidad** -**vanagloria**- y la **envidia**.

Es recurrente en él la denuncia de la *'vanagloria'* o *'vanidad'*. Esta pegajosa experiencia nos acompaña de una forma tan espontánea, a la que quitamos importancia. Sin embargo, cuando la vemos en los demás nos resulta ridícula. ¿Qué pasa? ¿Es ridícula o no? ¿Tiene consecuencias o es algo 'trivial'? Veamos en qué contextos aparece.

En el sugerente apartado *'No a la acedia egoísta'* (EG 81-83) comenta: *"El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas... De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado. Esta acedia pastoral puede tener diversos orígenes..."*, y después de aludir a dos, añade: *"Otros, por apegarse a algunos proyectos o a sueños de éxitos imaginados por su vanidad. Otros, por perder el contacto real con el pueblo, en una despersonalización de la pastoral que lleva a prestar más atención a la organización que a las personas, y entonces les entusiasma más la «hoja de ruta» que la ruta misma..."* (EG 82)

Cuando leí este párrafo la primera vez, me sorprendió y lo agradecí. En efecto, nunca había entendido la acusación al ‘activismo’ que a veces se formulaba como ‘herejía de la acción’. Si la acción en sí puede ser una herejía, en la Compañía de Jesús teníamos un hereje insigne: san Francisco Javier. Aquí el papa, por lo pronto, plantea que la actividad está llamada a terminar en un **‘cansancio feliz’**, porque *‘el problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas’*, afirmación que coincidía con lo que yo siempre comentaba: ‘la herejía no está en la acción -¡hay que dar la vida!- sino en lo que mueve esa acción’.

Pero lo importante es que no ‘deja en el aire’ esta afirmación, sino concreta qué puede desvirtuar nuestra actividad: *“proyectos irrealizables”, “querer que todo caiga del cielo”*, pero he destacado los dos últimos, el que tiene su origen en la **‘vanidad’** y el de **‘perder el contacto real con el pueblo’**, porque creo que están conectados.

En efecto, la **‘vanidad’** nos instala en la **‘imaginación’** aislándonos, e imposibilita el **‘contacto real con el pueblo’**, lo único que nos hace **‘uno de tantos’**, incompatible con la vanidad. A un connovicio manchego le oí una sabia afirmación que no se me ha olvidado: *“¿Qué será esto de la vanidad, que se está hablando de ‘dolor de muelas’ y dice uno: «Pues para dolor de muelas, el mío?»”* ¡Hasta en un dolor de muelas queremos ser los ‘primeros’ y los ‘únicos’! ¡Este ‘super-listón’ que nos impone la vanidad, no sólo es ridículo, sino agotador!

Otras dos alusiones a la **‘vanagloria’** aparecen en el importante apartado **‘No a la mundanidad espiritual’**: *“...la misma mundanidad espiritual se esconde detrás de una fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, o en una vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, o en un embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial...”* (EG 95). Y en el número siguiente vuelve a aparecer el término: *“En este contexto, se alimenta la vanagloria de quienes se conforman con tener algún poder y prefieren ser generales de ejércitos derrotados antes que simples soldados de un escuadrón que sigue luchando...”* (EG 96)

En la primera cita relaciona la vanagloria con la **‘fascinación’** y el **‘embeleso’** que giran en torno a la **‘autorreferencialidad’**. Este residuo de nuestro narcisismo -continuamente ensimismando-, impide acceder a una realidad casi siempre prosaica. De ahí la segunda alusión: pretender ser general **‘de ejércitos derrotados’** a **‘simples soldados’**. En efecto, a continuación, afirma que la *“historia de Iglesia... es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshinchada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa...”*: Pura cotidianeidad, que nos hace **‘uno de tantos’**. ¡Nada que suscite vanidad!

Pero este planteamiento tiene una consecuencia importante: convierte el **‘compromiso’** en **‘atención amante’**: *“Nuestro compromiso no consiste en acciones... sino ante todo una atención puesta en el otro «considerándolo como uno consigo».* Esta **atención amante** es el inicio de una verdadera preocupación por su persona... El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por **vanidad**, sino porque él es bello, más allá de su apariencia: *«Del amor por el cual a uno le es grata la otra persona depende que le dé algo gratis».* El pobre, cuando es amado, *«es estimado como de alto*

valor», y esto diferencia la auténtica opción por los pobres de cualquier ideología, de cualquier intento de utilizar a los pobres al servicio de intereses personales o políticos...” (EG 199). Es contraponer la gratuidad del **amor**, a la ‘autorreferencialidad’ de la **vanidad**.

La otra concreción es la ‘**envidia**’. Alude a ella en el epígrafe “**No a la guerra entre nosotros**”. En efecto, en **EG 98** escribe: “*Dentro del Pueblo de Dios y en las distintas comunidades, ¡cuántas guerras! En el barrio, en el puesto de trabajo, ¡cuántas guerras por envidias y celos, también entre cristianos! La mundanidad espiritual lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda de poder, prestigio, placer o seguridad económica.*” Pero esta denuncia tiene repercusiones ‘eclesiales’: “*Además, algunos dejan de vivir una pertenencia cordial a la Iglesia por alimentar un espíritu de «internas»². Más que pertenecer a la Iglesia toda, con su rica diversidad, pertenecen a tal o cual grupo que se siente diferente o especial.*” ¡La Iglesia nos hace pueblo!³

La ‘**envidia**’ -y los ‘celos’- nos convierten en competidores, ya sea ‘de poder, prestigio, placer o seguridad económica’, que imposibilitan la **convivencia**. Y en el número siguiente, avisa de una consecuencia más nefasta: “*El mundo está lacerado por las guerras y la violencia*”, realidad triste y generalizada, pero hay una raíz no tan llamativa, pero no menos peligrosa: “*o herido por un difuso individualismo que divide a los seres humanos y los enfrenta unos contra otros en pos del propio bienestar...*”, es decir un aislamiento regido por la «*espiritualidad del bienestar*» (EG 90), y aprovecha para animar: “*a los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirles especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: «En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros» (Jn 13,35). Es lo que con tantos deseos pedía Jesús al Padre: «Que sean uno en nosotros [...] para que el mundo crea» (Jn 17,21).*”

Más explícito no puede ser: la ‘*comunión fraterna*’ será ‘*atractiva*’ si se traduce en ‘*cuidado y aliento mutuos*’, concreciones de cualquier ‘*acompañamiento*’. Y es que la culminación de la persona es la ‘convivencia’. Pero avisa explícitamente de un riesgo: “*¡Atención a la tentación de la **envidia**! ¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos.*”

No tiene miedo a aludir a tentaciones reales y cotidianas que nos afectan, pero que siempre son de ‘otros’. ¡Todos sabemos lo que es la ‘vanidad’ -y nos resulta ridícula-, pero **somos vanidosos**! ¡Todos sabemos lo que es la ‘envidia’ -y nos repugna-, pero **somos envidiosos**! ¡Hay que tomar conciencia y dar nombre a dinámicas, ‘feas’ -dice una gitana amiga mía- y semiinconscientes que imposibilitan lo mejor de nosotros! Pero, ¿cómo abordar un tema tan camuflado? ¡Nadie se confiesa vanidoso y menos envidioso!

² Usa el término argentino «*internas*» para denunciar esa tentación de aislarnos no en nuestro ‘ego’, sino en algo más sutil, el aislamiento ‘grupal’ que nos hace ‘*diferentes o especiales*’ y que en otro momento denomina ‘*cobertizos personales o comunitarios*’ (EG 270).

³ ¿No ha sido una acusación constante de hablar más de Iglesia que de Pueblo de Dios? Para el papa Francisco, la autenticación de nuestra eclesialidad parece estar en ser sin más ‘pueblo’.

En **EG 198**, donde confiesa “quiero una Iglesia pobre entre los pobres”, considera “la opción por los pobres de una **categoría teológica**, antes que cultural, sociológica, política o filosófica”.⁴ Esta dimensión ‘teológica’ supone que “estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a **ser sus amigos**,⁵ a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos” (EG 198). Es decir, la dimensión ‘teológica’ está llamada a hacer posible ‘ser sus amigos’.

En efecto, la **amistad** -nunca programable y menos asegurada- es una vivencia sorprendente que nos pone en juego como totalidad, la única que puede convertir el ‘compromiso’ en ‘atención amante’, en pura gratuidad, exenta de cualquier ‘vanidad’, ‘envidia’ o ‘utilización’ interesada, y así vernos como ‘uno de tantos’ y sentirnos ‘pueblo’.

En resumen, habría que decir que el gran antídoto contra cualquier tentación de vanidad y envidia, que puede adherirse a las causas más sublimes utilizándolas como plataformas para el propio lucimiento, sería un ‘contacto real con el pueblo’ tal, que estuviese abierto a la **amistad**, la única que posibilita ‘gratuidad’ y ‘reciprocidad’, eliminando cualquier autorreferencialidad.

Pero este contacto real con el ‘pueblo’ no lo concibe como algo mecánico o táctico. ¿Qué es lo que puede abrirlo a la ‘**amistad**’? Como siempre, vuelve a sorprendernos.

La mística de ser pueblo

Lo primero que hay que aclarar es qué entendemos por mística. En efecto, el término puede tener distintos contenidos, y el que a nosotros nos interesa es el del creyente cristiano. El que mejor me ha descrito dicho alcance cristiano ha sido **Klaus Berger**. En su libro **Jesús** afirma: ‘La mística no es algo privado, enfermizo o subjetivo, sino una dimensión autónoma de la **realidad** hacia la que cada vez conducen más y más veredas yuxtapuestas. ...lo que aquí llamo «**hechos místicos**» son acontecimientos reales a los que corresponden determinadas experiencias. Estos **hechos** no son privados, subjetivos, racionales, imaginarios o alucinatorios (patológicos). Sus presupuestos son, hasta cierto punto, factibles; ellos mismos, sin embargo, son dados por gracia al ser humano’ (pp 23-24) (La negrita es mía). En efecto, las experiencias místicas gozan de más contundencia que las físicas y permanecen grabadas con una intensidad imborrable. Así lo confiesan **Teresa de Jesús** e **Ignacio de Loyola**.

Pero el mismo autor, más adelante confronta el ‘cristianismo’ con el ‘(neo)-budismo, al que cabría caracterizar como una filosofía de ojos cerrados. Lo que en él se persigue es

⁴ ¡Cuántas veces subrayamos las dimensiones ‘laicas’, más ‘vistosas’ y ‘reconocidas’ desde las que podemos lucirnos y exhibirnos, olvidando la vertiente creyente, la única que no se agota ‘en un desborde activista’ y se expresa en ‘atención amante’! (EG 199)

⁵ Es seguro que el papa, gran conocedor de san Ignacio tenía presente al escribir este texto la frase de san Ignacio a los jesuitas de Padua (que ya citamos en el tema anterior): “La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eternal”. (7-VIII-1547). ¡Atención!, no es la ‘amistad’ con el ‘rey Eternal’ lo que suscita la ‘amistad con los pobres’, sino al revés. Es lo que cuenta **Laínez**, en su **Carta sobre la vida de san Ignacio**, que éste, añorando en un momento sus vestidos lujosos, “se parte de allí y se entra con los otros pobres, y aquella cosa se le pasa”, no se va a meditar ni a la capilla... (**Fontes Narrativi I**, p 78)

desasirse de todo lo terreno y, a la postre, de uno mismo. La palabra "mística" deriva originariamente de myein, "cerrar los ojos". Si este término no hubiera experimentado un cambio de significado, no se podría hablar de mística en el cristianismo. El cristianismo es la religión de la sobria vigilancia. Escapar, desensibilizarse: ninguna de las dos cosas está permitida... Aquí tenemos también el nítido criterio del discernimiento que nos permite distinguir la meditación cristiana de la propia del oriente asiático: la primera es vigilancia concentrada al máximo, la más intensa percepción de la realidad; la segunda, por el contrario, des-yoización, disolución del individuo en el Todo-Uno" (p 369), para, al final de su obra abordando 'el hecho de que el esoterismo y toda clase de místicas holísticas orientales hayan desplazado en la actualidad al cristianismo', da su opinión: 'El esoterismo se muestra insolente y avisado siempre que, en el núcleo de la religión, Dios es confinado al más allá...' (p 614). Confinar a Dios 'al más allá' es lo más opuesto al Dios encarnado. Un 'Jesucristo sin carne', no es Jesucristo.

Es decir, hay que desligar la mística cristiana de matices que le consideramos inherentes. Según **Berger**, el «**hecho místico**» no es ni 'privado, ni enfermizo ni subjetivo' ni 'racionales' ni 'imaginarios' ni 'alucinatorios' o 'patológicos', sino experiencias **reales**. Lo curioso es que los místicos cristianos, si alguna preocupación tuvieron fue que sus experiencias fuesen 'privadas', 'enfermizas', 'subjetivas', 'imaginarias'...

Pero lo sugerente es lo que añade: los '**«hechos místicos» son acontecimientos reales**'. En efecto, si en algo coinciden todos los místicos es en la contundencia de su experiencia. **San Ignacio** afirma que '*él se determinaría a morir... por lo que ha visto*' (Autob. 29) y, en EE 175, la característica de ser de Dios es '**que sin dudar ni poder dudar, la tal ánima sigue a lo que es mostrado**', y **santa Teresa** comenta: "*que jamás pensé había otra manera de oír ni entender hasta que lo vi por mí.*"⁶

Frente a esta rotundidad del 'místico', se alza nuestra incredulidad 'científica'. ¿No ha intentado la 'ciencia' reducir la mística de **santa Teresa** a trastornos psíquicos?⁷ Y aquí nos topamos con la gran trampa de nuestra 'intelectualidad', solo denunciada -que yo sepa- por **Ortega y Gasset** en un pequeño ensayo, "**El Intelectual y el Otro**", publicado en **La Nación** (Buenos Aires) el año 1940. En él define al **Intelectual** como el que es capaz de admirarse -¿no dijo Aristóteles que el comienzo de la filosofía estaba en esta capacidad de 'sorprenderse' e interrogarse?-, frente al **pseudo-Intelectual** que maneja '*ideas de otros*' pero él no es capaz de sorprenderse por nada sino que exige explicaciones -que por otro **lado** él no ha elaborado-, al que define como '*ateo de todo*'. Es la simpleza de que lo que no podemos 'explicar' o abarcar con nuestra lógica, no es real. ¡No habría surgido la ciencia!

Lo 'incomprensible' no equivale a 'no existente'. El que me desborde lo que tengo delante no quiere decir que 'no está' delante. Habría que decir que la experiencia mística es, ante

⁶ **Vida**, XXV, 9

⁷ Comenta **José A. Marina** en su libro **Por qué soy cristiano**: "*Las palabras de Teresa pueden ser las de una alucinada. Pero ¿pueden no serlo? Si me instalo en una actitud científica, he de explicar esa experiencia como fruto de un estado alterado de conciencia, como un producto cerebral. Y si no me instalo en una actitud científica, ¿dónde me instalo? ¿En un mundo de fantasmas, espíritus, auras y parapsicologías variadas?...*" (pp 40-1)"

todo, '**presencia**' -"dimensión autónoma de la realidad hacia la que cada vez conducen más y más veredas yuxtapuestas", formulaba **Berger**-. **Santa Teresa** responde al P. Gracián que le había pedido qué 'señales' daría ella de que una experiencia espiritual es de fiar: "El caso es que en estas cosas interiores de espíritu la que más acepta y acertada es, es la que deja mejores dejos;... llamo dejos confirmados con obras... y muchas veces mucho más que el que se está quebrando la cabeza a sus solas y pensará, si ha estrujado algunas lágrimas, que aquello es la oración... Yo le digo que es gran cosa obras y buena conciencia."⁸ No está mal la respuesta: '**dejos**' -lo que 'dejan' dichas experiencias- que se concretan en '**obras**', enmarcadas en una '**buena conciencia**'.

Pues bien, con estas puntualizaciones podemos entender y, sobre todo, apreciar el alcance que tiene el uso que el papa hace del término '**mística**' en la *Evangelii gaudium*: '**descubrir y transmitir la mística de vivir juntos**' (EG 87), '**una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás -¡no la propia!- como la busca su Padre bueno**' (EG 92). Es una mística que busca a Dios en el '**acá**'⁹, en un Dios que nos espera en el que tiene 'hambre' o 'sed', en el 'forastero' o el 'desnudo', el que está 'en la cárcel' o el 'enfermo', no en el 'más allá'.

Al referirse a '**la piedad popular** -en América Latina, que- los Obispos la llaman también «**espiritualidad popular**» o «**mística popular**», asegura que '**se trata de una verdadera «espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos»**' (EG 124). ¿No hablamos continuamente de 'inculturación'?, pues, '**la mística popular acoge a su modo el Evangelio entero, y lo encarna en expresiones de oración, de fraternidad, de justicia, de lucha y de fiesta.**' (EG 237) '**Por lo tanto, cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor...**' (EG 272)

No está mal liberar la palabra '**mística**' del secuestro, aislamiento e ensimismamiento a que ha estado sometida. Nunca se había aplicado el término a realidades que el papa lo hace y, parece, que dicha aplicación es la que hace '**cristiano**' el término, según **Berger**. En dichas aplicaciones no tienen cabida ninguna privatización -'**privatización de las religiones**' (EG 255)- ni el no menor riesgo de una '**espiritualidad oculta e individualista... porque la**

⁸ **Carta al P. Jerónimo Gracián**, escrita el 23 de octubre de 1576, 7-9

⁹ Dice **Benedicto XVI**, que Dios envía los santos que cada época necesita: [Los santos] "**están de un modo muy especial en comunión con Jesucristo, que ha sufrido hasta el fondo nuestras tentaciones. Están llamados, por así decirlo, a superar en su cuerpo, en su alma, las tentaciones de una época, a soportarlas por nosotros, almas comunes, y a ayudarnos en el camino hacia Aquel que ha tomado sobre sí el peso de todos nosotros.**" (**Jesús I**, p 201). En efecto, ahí está la Madre Teresa. La que prácticamente toda su vida sufrió una 'sequedad' total en la oración, confiesa: "**Antes podía pasar horas ante nuestro Señor – amándole – hablándole – y ahora – ni siquiera la meditación discurre adecuadamente – nada sino “Dios mío” – incluso eso a veces no viene. – Sin embargo, en algún lugar en lo profundo de mi corazón, ese anhelo de Dios sigue abriéndose paso en la oscuridad. Cuando estoy fuera – en el trabajo – o estoy ocupada en encontrar a la gente – hay una presencia – de alguien viviendo muy cerca – en mí. – No sé lo que es – pero muy a menudo, incluso a diario – ese amor en mí hacia Dios se hace más real. – Me encuentro a mí misma haciéndole inconscientemente a Jesús las más extrañas declaraciones de amor.**" (**Ve, sé mi luz**, Planeta Testimonio, Barcelona, 208, p 260)

privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en alguna falsa espiritualidad' (EG 262).

Pero acudamos al **NT**, referente irrenunciable de cara a plantearnos la mística cristiana. Voy a traer dos citas: una de la primera carta de san Juan, la otra del Evangelio. En I Jn 4, 20 se nos dice con contundencia: *"Si alguno dice «Yo amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve"*. Pero es que en ese juicio definitivo que nos describe Mt 25, 31-46, los que son llamados, porque *«me disteis de comer... de beber...»*, responden: *"¿Y cuándo te vimos con hambre... con sed... en la cárcel...?"* y se les responde: *"Cuando lo hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis"*.

Es decir, el encuentro definitivo con Dios -al que nadie ha visto- se lleva a cabo en el encuentro 'fortuito', podríamos decir, con quien tiene cualquier necesidad. Seremos 'prójimos' de los que nos rodean, si *'tenemos misericordia'* con ellos, aunque seamos 'samaritanos' (Lc 10,29-37). La mística cristiana es incompatible con lo *'privado, enfermizo o subjetivo'* (Berger); tiene que gozar del reconocimiento de todos. Ahí está la universalidad del mensaje. 'Realmente', 'objetivamente' nos encontramos con Dios en los últimos, aunque ni lo pensemos. Sin embargo, no hay encuentro cuando 'subjetivamente' estamos convencidos de que *'en tu nombre profetizamos, en tu nombre expulsamos demonios, en tu nombre hicimos muchos milagros'*, pero *'hicimos daño'* (Mt 7,22-23).

Cuando doy las Bienaventuranzas, en la sexta -*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios-*, a propósito de la frase *'que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha'* (Mt 6,3), comento: *"Como en tantas otras cosas, son las personas sencillas que me han rodeado a lo largo de mi vida las que me han abierto los ojos. Pues en este caso así fue. Era por los años 70. Nosotros vivíamos en un barrio de Granada llamado La Virgencica. Habíamos terminado en aquel barrio al derribar definitivamente unos "barracones" inmundos. No todos terminamos en el mismo barrio. Las familias más numerosas fueron directamente al Polígono de Cartuja, el nuevo barrio. Allí fueron a parar dos familias amigas, con las que habíamos convivido en Frigoríficos (los barracones aludidos). Una de ellas, gitana, con 14 hijos y la otra 'paya', con 15 hijos.*

Una mañana me entero que había muerto de repente la Rosa, la que tenía 14 hijos. La persona que me da la noticia me comenta que la Rubia, la madre de los 15 hijos -¡había tenido 21!- se había llevado a su casa dos hijos de la Rosa y decía que ella los criaba. Al llegar yo al Polígono para dar el pésame, la primera persona que me encuentro llorando, es a la Rubia que me da la noticia. Al contestarle que ya lo sabía, le comento: "Rubia, y me han dicho que te has llevado dos niños a tu casa". Contestación de la Rubia: "¿Y qué le iba a hacer, Adolfo?"

Y termino la Bienaventuranza: *"¿Os acordáis de la Rubia? Yo me figuro el momento cuando la llame el Señor -ya la llamó- y le diga: "Ven aquí, Rubia, porque me acogiste cuando me quedé huérfano". Y ella le dirá con esa mirada limpia que siempre ha tenido y su sonrisa llena de desparpajo: "Y yo, ¿cuándo te he visto a ti"?... **Los limpios de corazón no se enteran, porque sólo Dios ve en lo secreto.**"*

Si la mística cristiana es vivencia sorprendente -Presencia contundente- que podemos definir como *'vivir juntos', 'fraternidad contemplativa'* -no aprovechada o utilitaria- *'popular', 'de acercarnos a los demás y de buscar su bien'* -gratuita-, ¿no podemos encerrar dicha vivencia en la vivencia de la **amistad**? Lo sorprendente y valioso de la amistad es que no podemos programarla, pero tampoco explicarla cuando la gozamos y, sin embargo, podemos identificarla con la definición que **Berger** nos dio de *'mística'*: *"dimensión autónoma de la realidad hacia la que cada vez conducen más y más veredas yuxtapuestas"*. En efecto, en la amistad, lo *'yuxtapuesto'* se integra, pasa de *'inconveniente'* a complementario. Suelo decir que la amistad es un milagro¹⁰.

La universalidad de la fe cristiana es que se juega más allá de la consciencia: en la **realidad**. Por eso me resulta genial que el papa **Francisco** remita a la experiencia culminante de la amistad en todas los contextos claves del ser humano: en el *'social'*, aludiendo a la *'amistad social'*; en el *'político'* a propósito de la «opción por los pobres», aludiendo a *'la amistad con ellos'*; y en el *'matrimonio'*, con la *'amistad conyugal'*. Más aún, la culminación de Jesús en su relación con los discípulos es "Ya no os llamo siervos... A vosotros os he llamado **amigos...**" (Jn 15,15).

¹⁰ Me asusta constatar que, a veces, entre los jóvenes, no se habla de *'amigos'*, sino de *'colegas'*.